



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

JUNIO 2021 - 6º LÍNEA MAESTRA:

Vida de especial comunión de amor con el Padre¹

La persona consagrada está ligada a la Trinidad no solo a causa de la gracia santificante y de los dones recibidos en el bautismo, sino a causa de la «gracia de la vocación» (VC 64b) y del «gran don» (VC 13c) de la «*nueva y especial consagración*» (VC 30t; 31d). La persona consagrada recibe una «gracia, de (...) *especial comunión de amor con Cristo*» (VC 15c), que es también gracia de *especial comunión de amor con el Padre* (cf. VC 17a).

La vida consagrada expresa «de modo particularmente vivo el carácter trinitario de la vida cristiana» (VC 14b) y «*realiza por un título especial aquella confessio Trinitatis que caracteriza toda la vida cristiana*» (VC 16d). La persona consagrada «vive con particular intensidad el carácter trinitario y cristológico que distingue toda la vida cristiana» (VC 21a).

La especial comunión de la Trinidad que caracteriza la vida consagrada es ante todo especial comunión con el Padre. La vida consagrada tiene una «triple relación» (VC 36f), una «triple orientación: *hacia el Padre, sobre todo*» (VC 36c).

La relación de peculiar comunión debe ser entendida, en primer lugar, como fruto de la iniciativa generosa y gratuita del Padre, esto es, como efecto del obrar paterno de Dios. La alianza de la comunión es luego también, fruto de la docilidad y del empeño de la persona humana, es decir el resultado de la respuesta y del obrar filial. Para describir las características del aspecto paterno y del aspecto filial de la comunión entre el Padre y el consagrado es muy oportuno fijar la mirada sobre las relaciones entre el Padre y Jesús, porque «la vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre» (VC 22c).

La vida consagrada es vida de «especial “seguimiento de Cristo”, en cuyo origen está siempre la iniciativa del Padre» (VC 14b), que es «el Origen de todo» (VC 111b). La vocación a la vida consagrada es una «llamada del Padre» (VC 1b; cf. 19d), «una iniciativa enteramente del Padre» (VC 17b). La revelación (cf. Jn 17, 11) presenta al Padre como «Padre Santo» (VC 111b) y nos hace «descubrir en la iniciativa del Padre, fuente de toda santidad, el principio originario de la vida consagrada» (VC 22a). El Padre es «origen primero y fin supremo de la vida consagrada» (VC 21e). Por eso a las preguntas decisivas “¿de dónde vienes?, ¿a dónde vas?”, la vida consagrada responde: «*A Patre ad Patrem*» (VC 17t), «*del Padre al Padre*», es decir de «la sublime belleza de Dios Padre» (VC 16d) a la gloriosa «casa del Padre que contiene tantas mansiones» (VC 52b).

Al origen de la «especial gracia de intimidad» (VC 16a; cf. 18a; 21e) con la que Cristo llama a algunas personas a la vida de especial seguimiento, «está siempre la iniciativa del Padre» (VC 14b; cf. 17b), «fuente del amor» (VC 111b), «que atrae a sí (cf. Jn 6, 44) una criatura suya *con un amor especial* para una misión especial» (VC 17a). «La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida,

¹ Ángel Pardilla, *Vita consacrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestres dell'esortazione apostolica Vita Consacrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1360 - 1362.

consagrando todo, presente y futuro, en sus manos» (VC 17b). Por esto la vida consagrada «es anuncio de lo que el Padre (...) realiza con su amor, su bondad y su belleza» (VC 20a). La larga serie de hombres y mujeres que, desde los inicios de la Iglesia han seguido a Cristo a la manera de los Apóstoles, lo han hecho porque se han sentido «tocados por el amor de Dios» (VC 23c). Su «decisión de consagración total es fruto del amor divino» (VC 23c).

Propiamente como expresión de un amor especial, el Padre propone a la persona llamada a la vida consagrada la misma «forma de vida» (VC 14a; cf. 1a; 24a) propuesta, para «la vida terrena» (VC 14a), a su Hijo «predilecto» (VC 15a; 16t; 17a), es decir al «Consagrado por excelencia» (VC 9b) o «supremo consagrado» (VC 22a). En su designio de amor, el Padre propone a Cristo, y propone a la persona llamada a la vida de especial consagración, la «forma de vida casta, pobre y obediente» (VC 18c). Una tal forma de vida es, por un lado y ante todo, una espléndida iniciativa del amor del Padre. Por el otro, es decir como elección de Cristo, ella es la espléndida «expresión del amor que el Hijo tiene por el Padre» (VC 21a), la maravillosa «expresión de su relación de Hijo Unigénito con el Padre» (VC 18c). En modo análogo, esta es también la admirable expresión o la fascinante «respuesta de amor total» (VC 21b) que las «personas cristiformes» (VC 19b) ofrecen al Padre.

Secundando el llamado de amor del Padre, «la persona llamada *se confía al amor de Dios* que la quiere a su exclusivo servicio, y se consagra totalmente a Él» (VC 17a). A la expresión de especial amor del Padre, a la sobreabundancia de la gratuidad y a la «sobreabundancia del amor de Dios» (VC 24b), la persona consagrada, que «experimenta la verdad de Dios-Amor» (VC 24b), responde con un firme compromiso de sobreabundancia de gratuidad y de amor: «la vida consagrada es importante propiamente por ser *sobreabundancia de gratuidad y de amor*» (VC 105a).

El encuentro entre la elección prioritaria del amor especial del Padre y la correspondencia elegida del amor total y exclusivo de la persona consagrada produce una «peculiar alianza» (VC 93c), una magnífica alianza de amor, una «alianza que Dios ha sido el primero en establecer y que no dejará de cumplir» (VC 70g). Entre el Padre y la criatura elegida se desarrolla la sublime historia de una especial comunión de amor.

Como Cristo, la persona elegida se siente consagrada (cf. VC 22a) y enviada (cf. VC 72a) por el Padre. Como Cristo, que puso «su ser y su actuar en las manos del Padre (cf. Lc 2, 49)» (VC 22b), la persona consagrada responde al amor consagrante del Padre «consagrando todo, presente y futuro en sus manos» (VC 17b). Como Cristo, la persona consagrada desea cumplir «en todo la voluntad del Padre y se abandona en sus manos hasta encomendarle el espíritu» (VC 70e).

La persona consagrada debe darse cuenta de que Dios Padre es también su más alto formador, porque «Dios Padre (...) es el formador por excelencia de quien se consagra a Él» (VC 66a; cf. 70fg). El Padre es el agente más determinante de toda la obra de la formación, el agente divino que «infunde en el corazón de los jóvenes y de las jóvenes los sentimientos del Hijo» (VC 66a). Como Cristo, que durante toda su existencia terrena se dejó formar por el Padre viviendo siempre «en (...) actitud de docilidad al Padre» (VC 22b), las personas consagradas, «dóciles a la llamada del Padre» (VC 1b), deben dejarse plasmar ininterrumpidamente por el mismo Padre.

Abrazar el «modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos» (VC 22c) es una especial realización de aquella «*confessio Patri*» o «*confesión del Padre*» (cf. VC 14t) que caracteriza toda la vida cristiana, es un «modo particularmente vivo» (VC 14b) de confesar al Padre (cf. VC 16cd; 21e). «La vida consagrada (...) confiesa (...) creer y vivir del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (VC 24b) y refleja el esplendor del amor divino (VC 111d) en su «opción tan comprometida» (VC 19b) de «fidelidad al único Amor» (VC 24b).

La persona consagrada se propone vivir incluso a título de amor especial su relación de hijo con el Padre. Bajo el ejemplo de Cristo, «pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. Jn 4, 34)» (VC 91b).

Bajo la acción del Espíritu, las personas consagradas tienen «la íntima certeza de haber sido escogidas para amar, alabar y servir» (VC 111d). Vivir en la forma de vida de Cristo, hacer «ofrecimiento de sí mismos, en comunión con Cristo que se ofrece al Padre para la salvación del mundo entero» (VC 30f), es un modo peculiar de estar en comunión con el Padre y de ponerse al servicio de su designio salvífico, «contribuyendo de forma particularmente profunda a la renovación del mundo» (VC 25a).

DE LA CARTA APOSTÓLICA ***MANE NOBISCUM DOMINE*** DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES
PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA
Octubre 2004 - Octubre 2005

«Lo reconocieron al partir el pan» (Lc 24,35)

14. Es significativo que los dos discípulos de Emaús, oportunamente preparados por las palabras del Señor, lo reconocieran mientras estaban a la mesa en el gesto sencillo de la «fracción del pan». Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan». La Eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente.

Como he subrayado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, es importante que no se olvide ningún aspecto de este Sacramento. En efecto, el hombre está siempre tentado a reducir a su propia medida la Eucaristía, mientras que en realidad *es él quien debe abrirse a las dimensiones del Misterio*. «La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones»².

Joannes Paulus PP II

² *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), n. 10: AAS 95 (2003), 439.